Globethics Repository



¿Una cristología diferente? [¿Different A Christology?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Tabuyo, María
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-10 11:11:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222101

¿UNA CRISTOLOGÍA DIFERENTE?

MARÍA TABUYO

PALABRA DE AMOR Y LIBERTAD

Un día tú, ya libre
de la mentira de ellos,
me buscarás. Y entonces,
¿qué ha de decir un muerto?

Luis Cernuda

No hablaba el poeta de Jesús, pero sus versos me traen a la memoria a tantas mujeres —y a tantos hombres— que se fueron encontrando con una fe vacía, cansadas de callar y hartas de palabras. Palabras gastadas, palabras opresoras, palabras que pesan como la losa de un sepulcro sobre seres que intuyen, tal vez sin comprender, que, en definitiva, estamos hechos todos para el amor, para la belleza, para la libertad. Pocos, si es que alguno, dejarán de conmoverse ante Jesús, si en algún momento se acercan a los evangelios. Pocos también, si reflexionan, serán capaces de soportar el enorme edificio construido sobre él: quien quiera escuchar, oirá gritar a las mismas piedras.

Porque el problema mayor del acercamiento a Jesús no estriba en Jesús, sino en quienes se erigen en guardianes e intérpretes de la fe e impiden el acceso a él, como si fueran sus dueños. Y la dificultad se acrecienta para aquellas mujeres que quieren expresar por sí mismas lo que de él han sabido (1).

(1) Dificultad no menor es que, después de tantos años, la historia fascinante de Jesús y su movimiento igualitario haya quedado casi sepultada, convertida en un tratado

Sin embargo, cuentan los evangelios que las mujeres, muy de mañana, se acercaron al sepulcro con bálsamos y perfumes. Por el camino se preguntaban cómo podrían levantar aquella losa que las separaba del crucificado: al llegar allí se encontraron con la tumba abierta y recibieron la asombrosa noticia de la resurrección; por supuesto, cuando contaron lo que habían visto los apóstoles no las creyeron (Lc 24, 9). Han pasado dos mil años desde entonces y la historia continúa.

MUJERES Y CRISTOLOGÍA

Las palabras sobre el Cristo, Cristología, ocupan un lugar fundamental en el enorme edificio teológico, con el peligro evidente —cuando se olvida que están en precario, que no se bastan a sí mismas— de aprisionar, de enterrar de nuevo a quien es el sujeto de la fe, convirtiéndolo en objeto. Tratan de conceptualizar la respuesta a la pregunta de Jesús: "¿Quién decís que soy yo?" (Mc 8,29), y suelen dejar de lado otra pregunta también fundamental: "¿Me amas?" (Jn 21,15), sin tener en cuenta hasta qué punto esta última puede llegar a transformar la pregunta primera, la comprensión del mundo y de Dios.

La confesión de la fe en Jesús de Nazaret como manifestación del misterio de Dios y del misterio que somos, es formulada en los términos de Cristo, Señor, Salvador, Hijo único de Dios, etc., y aquí comienzan algunas dificultades que es preciso tomar en consideración, advirtiendo al tiempo que el lenguaje no es inocente y tiene enormes consecuencias.

Ciertamente, desde muy pronto se insistió, junto a la divinidad, en la humanidad de Cristo, pero el hecho de que Jesús fuera varón —y los presupuestos socioculturales, así como que fueran hombres quienes lo pensaran— tiñó la reflexión teológica de masculinidad, marginando a media humanidad, las mujeres, pues se llegará a la peregrina conclusión de que sólo los varones son imagen de Dios y capaces de representar a Cristo (2), aunque estas afirmaciones se rodeen de edulcoradas reflexiones sobre la supuesta igualdad de ambos en el reino de las almas. De ahí que algunas teólogas feministas lleguen a preguntarse si un salvador masculino puede salvar a las mujeres verdadera-

---

teológico tan inmenso y de tan graves consecuencias que necesariamente hemos de entrar a debatir, perdiendo quizás demasiado tiempo y esperemos que no la paciencia. Siento especialmente tener que dar tal vez demasiadas cosas por supuestas.

(2) Para no remontarnos en el tiempo, basta remitirnos al nuevo catecismo, por ejemplo, los nn. 1549 y 1557; o a la declaración *Inter Insigniores*, donde se encuentran auténticas perlas.

mente, no sólo en afirmaciones teóricas. No seguiré este camino, aunque apunte a problemas reales.

Por otra parte, la afirmación de la divinidad de Jesús ha tenido consecuencias considerables a lo largo de la historia y hasta nuestros días, cuando nos encontramos en una innegable crisis de interpretación del discurso de la fe. En mi opinión, entramos aquí en una cuestión decisiva, que trataré más adelante, y relacionada con la anterior, por cuanto condiciona y está condicionada por una comprensión dualista de la realidad, androcéntrica y patriarcal, con efectos desastrosos no sólo para las mujeres, sino para la humanidad y la tierra en su conjunto, pues es causa de injusticia y desigualdad.

A mi modo de ver, esa visión está en flagrante contradicción con el Jesús que nos es dado conocer aunque, por supuesto, esto es pura interpretación. Pero, queramos o no, vivimos interpretando. Comprender es interpretar, decidirse por una u otra opción es interpretar, creer es interpretar. Y ha llegado el momento en que muchas mujeres nos sentimos distanciadas, ajenas a las interpretaciones recibidas e impuestas; sencillamente, no podemos hacerlas nuestras, contradicen nuestra experiencia, experiencia que necesitamos expresar, pues las experiencias que no se nombran corren el riego de desaparecer.

No tiene buena prensa la experiencia, pero dedicarse a matizar todo lo que no está bien visto exigiría demasiado espacio. Por si fuera necesario, aclaro que hablo de experiencia cristiana, que tiene como referente a Jesús. Pero también, y no en segundo lugar, de la experiencia primera y permanente de ser mujer, de ser humano. Y desde ahí, resulta inaceptable el lenguaje excluyente y condenatorio de lo que somos, los sistemas filosóficos, la antropología y las imágenes utilizadas por una teología dualista que parece ignorar la exigencia primaria y principal del ser humano: vivir, vivir hasta el fondo, aceptar el ser que se es, amarlo, gozarlo... ése es el paso primero y necesario para amar verdaderamente, a los otros y a Dios. Por otra parte, y por si no bastara, la cosificación de los símbolos, la banalización de la experiencia humana, la apelación continua a un Dios fuera de nosotras, que no habla en nosotras, que está mudo en nosotras y tenemos que escuchar a través de supuestos elegidos, potencian la dependencia y la sumisión, no la liberación ni la madurez, y no es posible aceptar por más tiempo, pasivamente, voces que nos niegan.

Transiten el camino que transiten, las distintas teologías feministas son únanimes al afirmar que la Cristología ha sido utilizada contra la mujer, en particular por la identificación Cristo-Jesús-varón y el

pensamiento dualista que la articula; por eso puede hablarse ya de una generación de teólogas postcristianas en busca de otros caminos. Porque no podemos olvidar la pregunta, cada vez más frecuente: ¿Es posible ser mujer y, al mismo tiempo, cristiana? La respuesta afirmativa dejó hace años de ser evidente y quizás —y va para aquéllos que codician milagros— pueda considerarse un hecho casi milagroso el que a pesar de las circunstancias adversas, y tan a menudo afrentosas, seamos todavía muchas las mujeres que nos reconocemos como tales. Cierto es que en el origen del cristianismo se encuentra Jesús, y así se explica nuestra fe, pero es cierto también que en torno a su persona se fue tejiendo muy pronto —y hasta hoy— una teología y un aparato doctrinal suficientes para alentar al abandono

En cualquier caso, una cosa es clara: ni Jesús ni los evangelios pertenecen a algún grupo supuestamente elegido, todas y todos estamos llamados a dar nuestra respuesta.

VOLVIENDO A JESÚS

Algunas precisiones

Tras la vuelta al Jesús histórico, se viene insistiendo en los últimos años en la necesidad de situar el lugar desde el que se habla, pues no es posible acercarse a la Escritura sin ningún tipo de presupuestos, que condicionan la lectura y modifican las preguntas. Por eso, antes de continuar, aclaro que escribo como mujer —privilegiada, cierto es, con respecto a tantísimos seres humanos— que no puede olvidar la enorme carga de sufrimiento e injusticia que atraviesa nuestro mundo, y como mujer convencida de que la mirada que excluye y niega a las mujeres es la misma mirada que niega a los otros, a todos los diferentes, que niega la tierra y es causa de pobreza, de desigualdad, de muerte y opresión. Convencida también de que es ahondando en lo particular y concreto como nos abrimos a lo universal.

Lo anterior no supone olvidar la situación espantosa en que se encuentra la inmensa mayoría de la humanidad, y la misma tierra, como si eso no afectara a las mujeres, porque si hablamos de pobreza —y las cifras están al alcance de quien quiera— las mujeres son pobres entre los pobres; si hablamos de desigualdad, las más desiguales entre los desiguales; si hablamos de marginación, doblemente marginadas (3).

(3) Las mujeres realizan dos tercios del trabajo mundial, perciben el 10% de los ingresos y poseen menos del 1% de las propiedades y riquezas del planeta, según cifras de la ONU de 1980. Por no hablar de los malos tratos y otras infamias.

Siendo esto así, y si tenemos en cuenta además la situación de las mujeres en la iglesia, no parece excesivo entender a la mujer como símbolo de lo negado, pero símbolo enraizado en la realidad.

¿Divinidad contra humanidad?

La cristología no sólo ha sido utilizada contra las mujeres; tras ella se esconde a menudo una historia de poder y, en cuanto tal, una ideología de dominio incompatible con la libertad y liberación humanas, enfrentada por tanto al mismísimo Jesús. Divinidad contra humanidad o en nombre de Cristo se puede contradecir aquello por lo que Jesús vivió y murió, es algo que se ha denunciado con frecuencia en los últimos tiempos, pero me parece importante advertir que, a mi parecer, no se trata tanto de ir incluyendo a quienes quedan fuera de una determinada visión, como de modificar la visión y hacer preguntas nuevas que tengan en cuenta la vida en su conjunto, no sólo la vida de unos cuantos. Porque el problema, por muchas vueltas que le demos, es que al hablar de Jesucristo la teología está hablando de Dios, de la segunda persona de la Trinidad, y de un Dios pensado desde unas categorías muy determinadas. Por eso es necesario volver a Jesús, para así aprender qué Dios nos da a conocer, en vez de dictar cómo debe ser su vida y su Dios.

Parto del supuesto de lo relativo de cualquier acercamiento al texto y a la historia, y contando con los valiosos trabajos hermenéuticos a nuestra disposición que abren perspectivas nuevas, quizás la postura más fecunda sea integrarlos y dialogar, exponerse al texto y dejarse interrogar interrogando a la vez, en un horizonte siempre abierto que impida dogmatismos. Lo que sabemos de Jesús nos viene mediado por las comunidades que de él dieron testimonio, pues Jesús no fue un individuo aislado, sino una persona en relación con la tradición de su pueblo, con la realidad del mundo en que vivió, y con las mujeres y hombres que le siguieron. No fue alguien encerrado en sí mismo, sino, por el contrario, en apertura radical a lo que le rodeaba. Y lo que rodeaba a Jesús era una sociedad injusta, opresora y desigual, no tan distinta, salvando las distancias, de nuestro mundo actual, en el que la pobreza, la explotación y la marginación crecen continuamente alcanzado proporciones nunca imaginadas: hasta la tierra que nos sustenta se encuentra en peligro. Pero también entonces se esperaba la gran catástrofe.

Horror a la injusticia

La respuesta de Jesús es clara: como refleja Lc 4,16 su misión tiene por objetivo la liberación, la sanación, la proclamación de la buena

noticia a quienes más la necesitan. El centro de su predicación es el reino de Dios (Mc 1,15), el amor de Dios, la justicia de Dios, no la ley o el templo. Tampoco Dios en sí mismo, sino en relación con los seres humanos y, en especial, con todos los oprimidos y marginados por la sociedad, con los siempre vencidos y negados (Mt 5,1-12), entre los que se encuentran en mayoría las mujeres. Su Dios es el Dios de María, que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes (Lc 1,49 ss). Su palabra revolucionaria es buena noticia, pero no para todos; él y sus seguidores rompen con el orden establecido de dominio y sumisión.

Se ha insistido con razón en la importancia que tienen los pobres en los evangelios, y con la misma razón hay que insistir en la importancia que en ellos tienen las mujeres (sin contar, por si se hubiera olvidado, que el artículo "los" es inclusivo, no sólo masculino plural). No me voy a detener en los numerosos pasajes que lo muestran (4); sí quiero, en cambio, señalar que en ellos se refleja la situación de injusticia y marginación que padecen. No se trata de que Jesús les reconozca una nueva dignidad de la que anteriormente carecían; sucede más bien que Jesús reconoce la dignidad de seres humanos que poseen, aunque otros la nieguen, y así se acerca a ellas. Sucede que Jesús, y en ello empeña su vida junto a las mujeres y hombres que le acompañan, establece relaciones igualitarias y restablece la plena humanidad de todos los seres, empezando por los últimos; con él, aquéllas y aquéllos tratados y pensados como no personas son considerados personas ¡porque lo son!

En ninguna parte encontramos que ensalce a las mujeres por su función maternal, sus palabras apuntan en otra dirección: a la exclamación "Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron", Jesús no se para en alabanzas a la "madre" y responde: "Benditos más bien quienes escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 11,27-28).

Porque cuando nos acercamos a los evangelios con la mirada libre de prejuicios, nos encontramos con una historia de hombres y mujeres, nos encontramos con un Jesús siempre en camino, rodeado de compañeras y compañeros, curando, denunciando y anunciando, riendo y llorando, enfrentado siempre a la injusticia. Nos encontramos con un hombre apasionadamente libre y lleno de amor, en lucha constante con los ídolos, con las ideas muertas que provocan muerte, sin transi-

(4) Cf. los trabajos de E. Schüssler Fiorenza, especialmente *En memoria de ella.* 2ª parte

gir nunca con nadie, desafiante con el poder, fuera éste el poder romano, el poder religioso o el poder de las costumbres. No es la suya una historia meliflua, sino de vigor y deseo, un deseo ardiente de vida en plenitud para todos los seres.

Se ha hablado en tonos siniestros, crueles, "expiatorios", de la Pasión de Jesús, y ésa es para mí una palabra a rescatar, porque así me gusta imaginar su vida (digo imaginar, no fantasear): una pasión, un amor sin medida por la creación entera, una vida apasionada por Dios y por los seres humanos. Jesús imaginó un mundo nuevo —el reino de Dios—, un mundo de justicia y amor, de libertad y belleza para todos los seres y se encontró con una sociedad de sufrimiento, injusticia y desigualdad. Sus palabras y acciones son imágenes vivas, en acción, de ese mundo nuevo, de algún modo ya presente en ellas, porque el reino de Dios acontece en esta tierra en cada gesto de amor, en cada acto de liberación. Y necesariamente, si tenemos en cuenta la vida de Jesús y su enfrentamiento con los poderes de su tiempo, esa vida apasionada tenía que terminar en la cruz: Jesús era —y sigue siendo— una amenaza para el orden existente. Pero no podemos seguir glorificando su muerte, ésta, como tantas otras, pertenece a la historia de la desdicha, que es también nuestra historia.

Una experiencia de amor y libertad

No podemos separar a Jesús de su Dios, pues es para él referencia constante; no podemos separar a Jesús del mundo, pues vivió y murió por un mundo mejor. Pero tampoco podemos separar a su Dios del mundo y de los seres humanos. Que Jesús llamara Padre a Dios ha tenido consecuencias lamentables para las mujeres y, sin embargo, todas y todos tendríamos que hacer un ejercicio de imaginación creadora no ya, o no sólo, para crear otras imágenes, sino para comprender aquello a lo que apuntaba Jesús.

Es necesario un esfuerzo mayor que el de la traducción de Abba por algo así como "padre querido", y revivir la experiencia que simboliza, hacerla nuestra. Esa experiencia de una presencia cercana y luminosa, fuente de amor y origen de la vida, de la vida de Jesús —y de toda vida— nada tiene que ver con la desigualdad que se impone, en el nombre de Dios, de las leyes o de la tradición, y lleva necesariamente, llevó a Jesús, a ponerse del otro lado, junto a los vencidos y vencidas de esta historia, junto al pueblo de las bienaventuranzas.

El Dios de Jesús da razón de Jesús y Jesús da razón de su Dios, en íntima relación. Y da razón precisamente en un ejercicio de libertad

extrema, de vaciamiento y de plenitud, dejando que Dios sea Dios, dejando que se muestre como Dios sin imponerle ninguna condición. Y Dios se muestra como raíz de su ser, como amor desmedido y desbordante hacia todos los seres, como relación. Pero se muestra también como ausencia que es necesario aceptar sin componendas; así la vivó Jesús en Getsemaní y, más tarde, en la espantosa agonía de la cruz. Por eso no caben los endulzamientos, ni de Dios ni de Jesús, tampoco de esta vida en la que no podemos olvidar tantas muertes injustas, tantas vidas arrebatadas, tanto miedo y tanto odio, tanto dolor. Porque la perversión en el lenguaje sobre Dios termina acostumbrándonos a lo intolerable.

Conviene también recordar que el ser humano privado de su experiencia se ve reducido a cosa, pierde su libertad, su propia dignidad, y es así coaccionado y fácilmente sometido a leyes externas que anulan su ser, a doctrinas y jerarquías impuestas que pretenden tener el monopolio de la salvación. Y de eso sabemos algo las mujeres (5). Por eso, y ya que la soteriología es elemento central de la cristología, habrá que preguntar de qué salvación se habla, en nombre de quién y de qué se habla: ¿acaso en nombre de Dios? ¿De qué Dios?

NO DEJAR DE PREGUNTAR

Repensar la divinidad

La pregunta por Jesús y por su Dios no admite una respuesta chata, queda ligada a la experiencia de cada cual con Jesús y su evangelio. Experiencia no es subjetividad, y habrá que recordar que los títulos cristológicos elaborados por la iglesia primera tratan de expresar su experiencia y no son sino aproximaciones, denominaciones humanas, condicionadas culturalmente, que no están a salvo de equívocos. Cada época se acerca a su manera, que a veces puede resultar inesperada, a Jesús, pero así son las cosas. Cada época relee e interpreta la vida que le toca en suerte y también, en todas las épocas, se dan intentos de neutralizar a Jesús. Uno de ellos, tanto más temible cuanto más disfrazado, es hacerle Dios, adorarle como Dios, que es una forma como otra cualquiera de atrapar y domesticar el misterio. Del galileo proclamado mesías se pasa al Cristo del movimiento misionero cristia-

(5) No sólo se nos dice lo que debemos ser y sentir, también lo que hemos de decir. Al parecer, el nuestro debe ser un discurso blando y supuestamente tierno (suele confundirse amor con sensiblería), un discurso *femenino* en suma; y ésa es otra forma de confinarnos en el infantilismo, pendientes siempre de la aprobación de los clérigos. Las cosas van cambiando... demasiado lentamente.

no y de ahí a la segunda persona de la Trinidad. Lo que en su momento pudo ser una interpretación liberadora, no voy a entrar en esa discusión, dejó hace tiempo de serlo y llega hasta nosotros, hasta nosotras, como una doble reducción que a su vez pretende reducirnos a seres inertes, a cosas que se pueden manejar sin sonrojo.

Porque la idea de Dios y del Cristo habitual en la iglesia opera de manera restrictiva incluso para la divinidad. Se resta por una parte universalidad al Cristo, separándole del mundo, de nosotros y, muy especialmente, de nosotras, excluyendo de la manifestación de Dios a media humanidad, las mujeres, y alejándole de esta tierra. Se mutila a Jesús, enterrando su vida, glorificando su muerte, haciendo del sufrimiento y de la resignación claves salvíficas de consecuencias nefastas. El movimiento liberador de Jesús queda así relegado al olvido, oculto y enterrado; también él necesita liberación.

Rescatar la divinidad

Jesús no estaba solo, pero no fundó ninguna organización, suscitó y sigue suscitando un movimiento igualitario, de mujeres y hombres libres, capaces de amar y soñar, también de pensar.

Hablé anteriormente de palabras a rescatar, palabras que quiero afirmar con respecto a Jesús y que echo continuamente en falta en quienes construyen doctrina. Éstas son, entre otras, pasión, deseo, libertad, comprendidas siempre desde una concepción de la persona como apertura, interconexión, relacionalidad consciente. Habría que incluir también el amor, porque, aunque se utilice continuamente, a tiempo y a destiempo, yo al menos me niego a reconocer en esa sensiblería pegajosa que se dirige a todos y es incapaz de detenerse en nadie, verdadero amor. Y rescatar muy especialmente los valores evangélicos, la solidaridad básica por encima de las diferencias, el gozo y la alegría ante esas diferencias, la lucha por la justicia, el empeño en recuperar la propia dignidad y la dignidad de todas y todos.

Frente a la insistencia en la obediencia, sumisión, pasividad y otras lindezas ante toda clase de desmanes, es necesario resistir, decir NO. Porque ¿dónde diablos se apoya esa teología que en nombre de Jesús ha construido un Dios Todopoderoso que, claro está, justifica siempre al poder, especialmente el que dice ejercerse en su nombre? ¿Dónde ese Dios hecho a imagen y semejanza de los que lo piensan? ¿De dónde procede esa doctrina que justifica y preconiza la desigualdad, la superioridad de unos sobre otras, que separa y divide y exige obediencia, paciencia, resignación...? Evidentemente, no procede de Jesús.

Si Jesús hubiera creído en ese Dios no habría terminado en la cruz. Si Jesús hubiera creído en ese Dios, no se habría enfrentado ni a la Ley ni al Templo y el joven rico habría sido su discípulo más fiel (cosa que algunos codician). Si Jesús hubiera creído en ese Dios no habría sido buena noticia para las mujeres, los pobres, los marginados, para todas y todos los despreciados del sistema. Si Jesús hubiera creído en ese Dios nunca habría existido el cristianismo.

Vivir a Dios

Gracias a las interpretaciones evangélicas podemos tratar de acercarnos, en la medida de lo posible, que siempre es relativa, a la experiencia que Jesús tuvo de su Dios. Por lo que nos es dado conocer, esa experiencia no fue una doctrina abstracta, sino una vida vivida con todas sus consecuencias. Y esa vida, transmitida y compartida, pareció —y ha seguido pareciendo— una vida "sin Dios y sin ley", "peligrosa y blasfema" a quienes dictaban la ley y se creían poseedores de Dios, a quienes preferían ignorar que el Dios verdadero no se puede nunca poseer.

Me parece importante subrayar que Jesús vivió a Dios, es decir, Dios no fue para Jesús algo o alguien separado; Dios no es un ser, ni siquiera el Ser, aislado, instalado en algún lugar distinto y distante llamado cielo. Esto no es nuevo, pero saquemos alguna consecuencia, siquiera brevemente, pues otro trabajo se ocupa de Dios.

Dios es el "transcendente": ¿significa eso acaso que no es inmanente? Un ser en sí mismo, independiente, más allá de nosotros, ¿puede ser Dios aunque se le llame Padre (o Madre)? ¿Qué sería entonces todo aquello que queda fuera de él (ella)? ¿Otro Dios/Diosa?

Decimos que Dios es amor: ¿pero existe algo así como el amor en sí mismo? ¿Acaso el amor no es, necesariamente, relación?, ¿amar puede ser algo distinto a *existir amando*?

Aunque estas preguntas resulten obvias, conviene tenerlas presentes, pues la idea de Dios determina la forma de vivir y comprender la vida, así como la forma de vida condiciona la idea de Dios. Decir "Jesús vivió a Dios" no significa hacer de Dios un predicado y es casi redundancia; utilizar ese lenguaje equivale a hablar de Vida en plenitud, de dos sujetos que no se contraponen. Trascendencia e inmanencia no están enfrentadas, lo infinito se manifiesta en lo finito, luego nada queda fuera de Dios, luego todas y todos y todo estamos en Dios y Dios está en todo lo que es. Pero mientras a nosotros nos resul-

ta difícil reconocer y vivir esta evidencia, tampoco nos la enseñan, Jesús se abre totalmente a ella, y desde ahí podemos acercarnos a su vida (6). Tomemos como ejemplo su Bautismo. El cielo se rasga y desciende el Espíritu, es decir, es el fin de los dos mundos separados, cielo y tierra, sagrado y profano; la divinidad habita en la humanidad y ésta no es algo cerrado —encerrarse en sí mismo, dividir y separar, romper la armonía de esa inmensa red que es el universo del que formamos parte, ése es el pecado—. Otro tanto nos cuentan de la hora de su muerte: el velo del templo se rasga, no hay separación entre sagrado y profano, entre judíos y gentiles, entre mujeres y hombres: es el fin de toda discriminación. Será la mirada la que separe, la que divida, la que enfrente, mirada convertida en ideología.

La divinidad que se manifiesta en Jesús no es algo separado de su humanidad, pero su humanidad no es una humanidad cerrada. Porque la vida, como Dios, no es divisible, por tanto, quien encuentra a Dios en su interior, como raíz de su ser, habrá de encontrarlo también en el centro de la realidad, de toda realidad, bien como presencia, bien como ausencia —o como presencia en la ausencia—, y la hará presente a cada instante. Su acción es reinado de Dios, acción de Dios. Por eso podemos decir que Jesús pertenece radical y conscientemente a ese misterio mayor que nos habita y sobrepasa, desde ahí vive y se vive. Por eso es posible decir, como se ha dicho, que a Dios "se le practica".

Pero Jesús, que vivió y practicó a Dios, no se dedicó nunca a proclamarse a sí mismo, sino entregado al proyecto liberador. Luego vendrían las interpretaciones, el desarrollo filosófico e ideológico, la doctrina.

Repensar al Cristo

Cuando la iglesia primera reflexionó sobre el acontecimiento vivido, utilizó el término Logos, Palabra, para expresar la presencia de Dios en Jesús. El "prólogo" del cuarto evangelio comienza con la Palabra creadora (cf. también Gn 1), que existía desde el principio con Dios y era Dios; la Palabra es inmanente al mundo, es fuente de vida y de luz, está difundida por todo el universo. Esta Palabra de vida, se nos

(6) No hay espacio para entrar con detenimiento en los pasajes evangélicos que, por otra parte, doy por conocidos. Desde el famosísimo Mt 25,31 ss, o Jn 20,24 o el Cordero Degollado del Apocalipsis, donde el Resucitado permanece con las huellas de la pasión del mundo, cercano, presente siempre en amantes y sufrientes, son numerosos los textos que propician una lectura no dualista de Jesús y de su Dios. Desde esa clave, hasta los relatos del nacimiento o de las apariciones reciben una luz nueva.

dice, se hace carne en Jesús; pero no sólo, podemos añadir, pues es la vida de todo cuanto vive, la luz en la que vemos, el amor con que amamos, la fuerza que nos mueve (7).

En la tradición primera, el Logos es la inmanencia de Dios y el fundamento de la creación. En realidad, el símbolo trinitario es el esfuerzo conceptual por expresar la experiencia de que Dios es realmente Dios y nada puede quedar fuera. Desde ahí, cabría una historia de la divinidad en todas y todos nosotros, como muy bien supieron místicas, místicos y gentes consideradas heterodoxas. Pero la tradición prevalente estaba moldeada por una mirada dualista, que necesitaba separar, establecer un arriba y un abajo, un superior y un inferior. La tradicion prevalente estaba moldeada por una concepción androcéntrica, en la que el ser humano varón era la norma y referencia. La tradición prevalente mantenía una visión jerárquica, piramidal. Nada importa que Gn 1 enseñe que varón y mujer son imagen de Dios, que Gn 4 diga que Dios llamó Hombre a la mujer y al varón; nada importa Gal 3,28, Mt 25 y tantos otros textos (8), y queda en la sombra la vida y práctica de Jesús. Y así, el símbolo que apuntaba a la realidad mayor se expresó en categorías cerradas, masculinas y separadas: el Padre, el Hijo, el Espíritu, estableciendo dos mundos casi independientes, fuera de nosotros, especialmente de nosotras. Se hablará de las tres personas de la Trinidad que, al parecer, son personas entre sí, se relacionan entre sí en una extrañísima autonomía de la individualidad que se da en algún lugar o plano lejano. Sacar las consecuencias de la progresiva cosificación del símbolo supone repensar y reformular nuestra concepción del mundo y de Dios, de la organización social y de la organización eclesial. Supone dejar viejas seguridades y arriesgarse a pensar sin trabas. O, simplemente, mirar y escuchar sin corazas el mundo que nos rodea, la mirada y el silencio de las víctimas.

Tal vez parezca que todo esto tiene poco que ver con las mujeres... pero tiene que ver: las mujeres no somos alguna cosa extraña, aparte, aunque hayan pretendido apartarnos, y es necesario ir a la raíz de un pensamiento que provoca tanto dolor. Es necesario también saber de qué se habla al hablar de Cristología y a dónde nos lleva una determinada visión de Dios. Porque el mensaje de Jesús suponía el fin del po-

(7) Pablo, por ejemplo, dirá aquello de *"no soy yo, es Cristo quien vive en mí"*. El Cristo es, nos dice Ap 1,9, *alfa y omega, principio y fin*, etc, por no hablar del cuarto evangelio y la primera carta de Juan.

(8) Por la encarnación, Cristo asume toda la creación; cf. 2 Cor 5,17-21; Col 1,15-20; Rom 8,9.18-23; Hch 10,15.45, etc.

der religioso, del poder impuesto sobre las conciencias; el mensaje de Jesús suponía el fin del poder, del poder político y el poder económico; el mensaje de Jesús suponía el fin de la supuesta superioridad del hombre sobre la mujer; el mensaje de Jesús suponía el fin de cualquier poder *sobre* lo que fuera. Y, sin embargo, el dualismo del pensamiento occidental está ligado al totalitarismo y la intolerancia de una ideología que qsha logrado imponerse más allá de nuestras fronteras, sembrando la destrucción (ahora en nombre del progreso) de todo y todos los diferentes.

Por ello es importante no caer en la trampa de seguir el mismo esquema destructor poniendo parches: no se trata de buscar el lado femenino de Dios, el lado femenino de Jesús, o de ir arañando trocitos de dignidad. Se trata de dejar de ser eternas cómplices victimizadas, de elaborar, ya sin miedos, el propio camino y ponerse realmente junto a las víctimas, frente a los poderes de destrucción, sean los que sean. En realidad, se trata de tomarse en serio a Jesús como ser humano y de vivir verdaderamente. Y también de caer en la cuenta de que cualquier símbolo externo a nosotras, cualquier símbolo apresado y roto por tanto como símbolo, termina siempre sometiéndonos, manteniéndonos en continua dependencia.

EL MEDIADOR

Y entramos ahora en un tema delicado pero que, necesariamente, hay que abordar. Uno de los problemas de mayores consecuencias, para todos, pero muy especialmente para las mujeres, ha sido la identificación exclusiva de Jesús con el Cristo, y, de ahí, con el Mediador. La perspectiva dualista nos juega aquí una pésima pasada, pues los mundos separados, el cielo y la tierra, requieren mediación, y la mediación requiere mediadores. Son demasiados los temas que es preciso abordar, y habré de limitarme a algunas pinceladas. Porque no se trata tan sólo de que se niegue a las mujeres posibilidades mediadoras, el problema es más hondo y tiene mucho que ver con el poder que la Iglesia, desde muy pronto, se arrogó. Podría establecerse perfectamente la relación entre poder papal-centralismo eclesial con el rechazo del acceso directo del ser humano a la divinidad. De ahí la desconfianza e intento de manipulación continua de mística y experiencia de Dios: permitirla en libertad supondría arruinar el monopolio mediador del clérigo, reconocer la mayoría de edad de los seres humanos, hombres y mujeres. Al poder le interesa una única interpretación de la verdad, interpretación que le queda reservada. Alegar que ese camino ha sido

necesario para conservar el depósito de la fe, significa desconocer la historia de otras religiones, más antiguas, que han conservado y mantenido sus textos sin ese implacable edificio institucional. Es también olvidar que Jesús se remite siempre a Dios, a un Dios libre y liberador; Jesús invita a ser imitadores de Dios, no de los hombres.

El Cristo no se agota en Jesús

Jesús es el Cristo, pero el Cristo no se agota en Jesús. Estas palabras no son nuevas pero, otra vez, no se sacan todas las consecuencias. Tomás de Aquino, por ejemplo, dice: *"La potencia de una Persona divina es infinita y no puede encontrarse limitada a algo creado... Por ello, no debe decirse que una persona divina haya asumido una naturaleza humana de manera que no pueda asumir otra"* (9). La afirmación es clara, pero la visión dualista de la que anteriormente hablé, la concepción de la persona como individuo autónomo y separado, hacen que se quede en palabras y que nada cambie. Sin embargo, creo que es posible afirmar que la llamada "unión hipostática" es en realidad la condición de todo ser humano. Y esto no es una reducción, ni de Jesús ni de la divinidad, sino, al contrario, es valoración radical de Dios y lo creado. Pues el Cristo, el Hijo, por seguir con el lenguaje acostumbrado, es la exterioridad manifiesta y no evidente de Dios que en Jesús reconocemos y que hemos de reconocer en todos los seres (cf. Mt 25,34 ss, los pasajes referidos al Espíritu derramado, y muchos etcéteras. Pablo incluido).

Y porque Jesús no sólo revela y manifiesta a Dios, revela especialmente —y nos recuerda a cada instante, si nos dejamos— lo que somos y estamos llamados a ser todas y todos.

En los momentos más difíciles han sido especialmente hombres y mujeres perseguidos, "heréticos", algunos elevados después a los altares, quienes han mantenido esta memoria, la han vivido también en la oscuridad, la invisibilidad o la marginación. No se trata, pues, de una Cristología nueva, tiene raíces profundas, un hilo conductor en pensamientos y tradiciones que pudieron parecer fracasadas... pero esto nos recuerda, una vez más, a Jesús, vencido con los vencidos. Porque se trata de repensar al Cristo, y a los seres humanos, desde la vida, que no es cerrada en sí misma, y según Jesús.

Repensar la salvación

Acostumbramos a separar aquello de Dios del transcurrir de nuestra vida. Dios pertenece entonces al ámbito de lo religioso, también Je-

(9) *Sum. Theol.*, IIIaP, Q.3, art. 7.

sús, y de nuevo caemos en un dualismo peligroso. Hablé anteriormente de la apertura radical del ser persona de Jesús, que es lo mismo que afirmar su capacidad de dejarse afectar por lo que le rodeaba, por la belleza y por el mal, afectado también en lo más hondo por ese misterio mayor al que llamamos Dios. Más que de dos movimientos distintos, se trata en realidad de un mismo movimiento. Dios acontece en la vida y muerte de Jesús, y habremos de preguntarnos si acontece también en nuestra vida, preguntarnos dónde está Dios en nuestro ser, dónde está Dios en nuestro cuerpo, dónde está Dios en nuestras relaciones, dónde está Dios en todo lo que somos, porque, al menos en cristiano, Dios y salvación van de la mano.

En una sociedad injusta y desigual, salvación significa, evidentemente y en primer lugar, lucha por la justicia y por la igualdad, liberación del sometimiento y la opresión. Significa recuperar la dignidad robada, dignidad de ser mujer, de ser negro, de ser lo que se sea. Y recuperarla por ser el ser que somos, no por ninguna función, por importante que ésta pueda ser. Salvación significa justicia, amor, belleza, libertad, paz... que hay que hacer presentes aquí y ahora, para que no se conviertan en palabras vacías; hacer presente aquí y ahora lo bello, lo verdadero, lo bueno.

El deseo de salvación, inscrito en el ser humano, es también búsqueda de plenitud, de plenitud en todas las esferas, incluidas por supuesto las sociales, políticas y económicas. Plenitud de lo que somos, de nuestro cuerpo, del cuerpo de las otras y de los otros, del cuerpo de la tierra; reconciliación de lo humano, de la humanidad entre sí y con el universo. En esa búsqueda seguimos a Jesús y su movimiento, en esa acción se hace presente Dios, que es afirmación plena de la vida. En esa búsqueda aprendemos que en verdad el mundo y todos los seres son santos, que están en Dios, que la separación sagrado/profano depende de la mirada, de una mirada que no es la de Jesús y que nos hace víctimas.

Pero no existe una salvación exterior a nosotras, a nosotros, aunque tampoco dependa sólo de nosotras. Pertenecemos al misterio mayor que es la vida, pero la vida está viva en nosotras. Se trata de reconocer, de experimentar ya aquí, ese misterio que somos y del que formamos parte. Se trata de saborear, de contemplar y gozar el principio eterno y divino—Cristo, Logos...— manifestándose en y a través de todas y todos nosotros. Si somos imagen de Dios, y Dios es amor, si somos imagen de Dios, y Dios es vida, nuestro ser verdadero es vida y es amor... somos vida y amor. Y la vida de Jesús es una llamada a la vida y al amor; los llamados milagros de Jesús son la restauración de esa

vida, de ese cuerpo que también somos. El Dios que se revela en el ser humano de Jesús es el Dios que ha de revelarse en nosotros, en nosotras.

A la vista de la vida profanada, de tantos seres profanados, de la misma tierra profanada, ¿podemos seguir separando a Dios del mundo? ¿Qué tiene que suceder para que nos demos cuenta de lo nefasto de tal concepción? ¿Cómo es posible continuar como si no pasara nada? ¿No nos destroza tanta injusticia, tanto dolor? Es preciso buscar otra visión, pues ese horror es fruto en gran medida del dualismo, que considera la diferencia como desigualdad, que no separa sólo masculino y femenino, sino que separa, lisa y llanamente, todo lo que encuentra: cielo y tierra, superiores e inferiores, pueblos elegidos y pueblos a someter, culturas valiosas y supersticiones, etc. etc.. Es fruto de una razón entendida como dominio, como control, como imposición, pero nada tiene que ver con Jesús.

HACER DEL SILENCIO PALABRA

El mensaje y la experiencia de Jesús no va dirigida a "seres especiales" —aunque se dirija en primer lugar a quienes no cuentan—, porque las cuestiones fundamentales afectan a todos pero, quizás, se perdió demasiado pronto de vista que, en principio, Jesús pertenece al mundo oriental, aunque nos hayamos empeñado en imponerle nuestra visión occidental. El cristianismo oriental comprendió por otras vías lo que el Cristo podía suponer. Dice, por ejemplo, V. Lossky: *"La persona de Cristo no es una individualidad cerrada, contiene no sólo a todos los individuos de la especie humana, sino a todas las criaturas... se extiende al conjunto de la naturaleza creada"*, y concepciones semejantes encontramos en los tiempos primeros y más tarde, aunque acalladas, en nuestra propia tradición (10). La vida puede ser comprendida y vivida como un camino hacia la divinidad que ya somos, todas y todos interrelacionados, como una participación en la inmensa obra creadora de Dios; esa sería la gran lección que habría de tematizar la Cristología.

No participo en la tarea de feminizar el rostro de Dios, no creo que la vida liberadora de Jesús tenga que ver con su ser varón, sino con su ser humano. Dios es más que los nombres, por lo que puede ser prove-

(10) Esas concepciones, que sería largo recorrer, pero que están ahí desde los comienzos del cristianismo y hasta nuestros días, suelen resultar *peligrosas* para los poderes establecidos, entre otras cosas por sus pretensiones igualitarias.

choso multiplicarlos, pero es preciso cambiar la experiencia y la comprensión aunque, para ello, sea preciso apostar verdaderamente por la vida —¿no es nombre de Dios, del Cristo?—, por la vida rota de tantísimos seres, vida amenazada por los poderes de muerte y destrucción. Hasta ahora, he utilizado las palabras de costumbre, Cristo, Logos, Hijo, pero quizás convenga hacer, para terminar, un poco de memoria. En la tradición judía, que sirvió de base para la concepción del Cristo (11), la inmanencia de Dios en la creación, su revelación, es concebida como Sabiduría (Prov 8, Sab 9), y sus huellas se encuentran tanto en los evangelios como en los escritos paulinos. Además del carácter femenino que indudablemente posee, comprender desde ella al Cristo tiene una doble ventaja: por una parte, aparece claramente el aspecto de la divinidad que todo lo habita y que nos habita, posibilitando así la comprensión de una noción de persona ampliada, abierta, interdependiente, recogida también en el cristianismo: todas y todos somos el cuerpo de Cristo, templo del Espíritu (12).

Por otra, hablar de Cristosofía propiciaría un acercamiento distinto, desde dentro: Sofía, sabiduría (de *sapere*, saborear) nos invita a entrar en una experiencia, a gustar, paladear la divinidad que nos habita y que habita todo cuanto es. No se trataría de una experiencia intimista, pues propicia relaciones igualitarias y su referente sigue siendo Jesús, su camino nuestro camino. Pero así como Jesús hizo presente a su Dios con todo lo que era, así nosotras tenemos por delante vivir a Dios con todo lo que somos. Y con lo que somos, ser buena noticia para las mujeres, los pobres, todas y todos los despreciados... luchando por un mundo de belleza, justicia, igualdad y libertad; abandonando, como Jesús, los falsos privilegios de raza, clase, sexo o cultura... Amando y celebrando nuestro cuerpo y el cuerpo de los otros y el cuerpo de la tierra, cuerpos todos de resurrección habitados por la Palabra Sabiduría de Dios.

Es una invitación a comprender a Sofía-Cristo como Palabra de libertad y en libertad, no sometida. Palabra que emerge del silencio, libre, que todas y todos hemos de saborear en nuestra vida.

---

(11) Doy por supuesta la interpretación genérica y no excluyente, personal y colectiva, del Siervo, Hijo del Hombre y Segundo Adán.

(12) Muy presente en toda la Edad Media, recogido después en místicas y místicos, resultan especialmente expresivas las reflexiones de mujeres como, por ejemplo, Hadewijch de Amberes (cuya influencia recogen los *grandes* de la mística renana), que percibe a Cristo en el mismo infierno, sosteniendo y abrazando a los condenados. O Juliana de Norwich, que pensará a Dios como útero o matriz donde todas y todos nos encontramos, al tiempo que somos habitados por el Cristo. Y un largo etcétera.

Frente a las grandes palabras vacías, frente a las palabras opresoras, la Cristosofía tendría que hacernos partícipes de la gran revelación: el misterio de la encarnación de lo divino en lo humano, en todas y en todos. Y hacerlo ya sin miedo (que el miedo, mejor horror, sea a permanecer indiferentes ante la injusticia, la mentira, la desigualdad), pues la larga historia de silencio que traspasa el tiempo se convierte en Palabra. Y aquel muerto, todos los muertos, habla ya en nosotras, con nosotras. Porque lo que salva es el amor.